

¿Por qué me hice sacerdote?

Entrevista al padre Lluçia Pou Sabaté

¿Cómo nace la semilla que lo impulsa a seguir la vocación sacerdotal?

Desde pequeño me alimente de la fe cristiana, la generosidad y el servicio alegre las vi encarnadas en mi madre, esas virtudes serían caminos por los que fui respondiendo a ciertas pistas, y poco a poco fui pidiendo la admisión en el Opus Dei supe que hacían falta sacerdotes para la predicación, dirección espiritual, y sobre todo para los sacramentos; y así un día escribí a nuestro Prelado mostrándole disponible para ser sacerdote si



convenía. Me ordene en 1991 y en 1994 volví a España, primero a mi Cataluña natal y desde 2008 estoy en Granada. Sigo en contacto con la juventud, en colegios, y con las familias, lo que me permite conocer realidades muy ricas que me ayudan y me permiten ayudar a otros muchos con estas experiencias. Lo esencial en la Iglesia es la santidad, como vemos en María Virgen. Lo más importante en mi vida es mi ser hijo de Dios, mi sacerdocio real, lo que aprendí de mi madre: procurar tener buen corazón, hacer el bien, y para eso, rezar a mi Dios, a mi Jesús. Las oraciones aprendidas de mi madre, al levantarme y acostarme, tratar a Jesús y María, y pedir ayuda a mi ángel de la guarda.

¿Cuál es el reto más significativo que ha vivido como sacerdote?

La ceremonia de la ordenación es impresionante, ya en la fase previa fui ante el sagrario a pedir al Señor serle fiel, día a día, hasta el final. En ese gran momento de mi vida procuré hacer un acto de confianza especial en Dios, de abandono en su providencia. Todo esto se ve reflejado en un momento en el que se concentran tantas emociones, y es el de la postración, en la ceremonia de la ordenación diaconal, instantes antes de la imposición de las manos del obispo y la fórmula consagratória, mientras todos imploran a Dios y los santos su intercesión para con nosotros.

¿Cómo describe su vida sacerdotal?

Nos ordenamos sacerdotes para poder hacer presente la redención de Jesús, celebrar la Misa y los demás sacramentos, predicar y atender enfermos, ser instrumentos de Jesús cabeza de la Iglesia. Juan Pablo II insistía en la caridad pastoral, y ser expertos en humanidad. Mi vida ministerial lleva todo el bagaje de mi vida, en la consagración del sacramento del orden todo ello se centra en la Misa, como sacerdote de la Iglesia, al servicio de todas las almas, incardinado en la Prelatura Opus Dei. ¿Esto qué conlleva? En primer lugar, rezar, unión con Dios, la celebración de la Eucaristía y los demás sacramentos y Liturgia de las horas, etc. pero al mismo tiempo procurar atender a la gente, especialmente a los más necesitados, hacer de buen samaritano: confesar, escuchar,

predicar, etc. Y para ello, estudiar, mantenerme en forma, culturalmente y si puede ser físicamente, para no perder la salud... en fin, basta ver lo que hace un buen cura para ver lo que me gustaría ser, camino para llevar a las personas a ser felices y claro, a Dios.

¿En qué momento de su vida como sacerdote ha sentido declinar en su vocación y por qué si ha existido tal momento?

La soledad del sacerdote es dura, por ejemplo en curas rurales, pero no es mi caso que siempre he estado acompañado en la Obra, pero sí entra la rutina, o nos puede costar llevar la carga del sufrimiento de los demás, o puede llegar la cruz o la falta de atenciones o el desconcierto de la noche oscura... Últimamente hemos podido leer el epistolario de la Madre Teresa de Calcuta, como antes los manuscritos de Teresa del Niño Jesús. Cuando se pasa por esos momentos, es hora de encontrar el sentido de la cruz, y de hacer un acto de generosidad, de actuar de tal modo que procuremos que a nuestro alrededor nadie pruebe esto tan amargo que hemos padecido en esa ocasión; con la experiencia de aquella prueba pasada procuraremos dar a los demás eso que no hemos encontrado... Una técnica de éxito muy sencilla, pero muy poderosa, es sonreír aunque cueste. No hay cosa tan pequeña que dé resultados tan grandes, para cambiar el mundo: mirar a las personas con amabilidad, con una sonrisa sincera.

Por: María Velázquez Dorantes /
mvdorantes@yahoo.com.mx